

NOTAS Y RESEÑAS

SIMÓN BOLÍVAR, INTEGRACIÓN EN LA LIBERTAD

de Leopoldo Zea

Editorial Edicol, México, 1980. Colección "Filosofía y Liberación Latinoamericana". 112 pp.

El pensamiento de Bolívar ha sido una preocupación constante dentro del pensamiento de Leopoldo Zea. En casi todas las obras del filósofo mexicano nos topamos con alusiones a la obra y al ideario del Libertador. Sin embargo, es en este libro escrito expresamente para conmemorar el CL aniversario de la muerte de Simón Bolívar, donde habremos de encontrar una exposición sistemática del pensamiento político del héroe venezolano a partir de una serie de interrogantes:

a) ¿Quiénes somos los hombres de esta América? Esta pregunta que nos conduce al *problema de la identidad* es una cuestión siempre latente a lo largo del pensamiento latinoamericano y ha sido resuelta de diversas maneras, pregunta que fue el punto de arranque de la famosa e histórica polémica entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas sobre

la humanidad o supuesta animalidad de los indios de esta América.

Según Zea la *identidad* del hombre americano, en Bolívar va a ser captada a través de una "angustiosa originalidad". No son, los hombres de estas tierras europeos por el hecho de haber nacido en América; tampoco naturales porque ellos los rechazan considerándolos invasores o extranjeros.

Por otra parte, el autor observa que la situación histórica de América desemboca en una *falta de identidad*. "La desmembración del Imperio Español no dará origen a nuevas naciones identificadas entre sí por el tronco que les era común. Nada habrá de común entre las naciones que surjan en la América Ibero, salvo la conciencia de la falta de identidad". El imperio ibérico no se prolonga en América como se prolonga, por ejemplo, el imperio romano en Europa. Zea nos muestra cómo Bolívar es plenamente consciente de esta situación y cómo a partir de esa inestable y difícil identidad se basará para ir al encuentro de nuevas expresiones de legitimidad humana apelando para ello al principio igualitario de lo diverso que recoge a los filósofos del siglo XVIII. "Ha de ser precisamente a partir de esta diversidad que han de alzarse las comunidades y sociedades. Es sobre ella que intentará levantar Bolívar la gran comunidad de pueblos de esta parte de América". Diversidad de tradiciones y banderas, pero animadas todas ellas por el logro de metas que les son comunes.

¿Quiénes somos? resulta ser una pregunta decisiva en el pensamiento de Bolívar ya que es a través de la identidad impuesta por el coloniaje

—única identidad posible— de donde habrá de partirse para lograr toda transformación auténtica. Para Bolívar —observa Zea— implantar instituciones, formas de gobierno, leyes, constituciones que no tengan su experiencia en esta realidad, será inútil y vacío esfuerzo. Zea explica, fundamentándose en la obra del propio Bolívar, las diversas tentativas puestas en marcha por el gran Libertador para transformar las sociedades latinoamericanas a partir del legado colonial, pactando, para ello, con formas como el paternalismo o despotismo ilustrado, pero siempre al servicio del cambio.

b) ¿Por qué somos así? Esta pregunta nos remite al *problema de la dependencia*. Al abordar este interrogante, Zea analiza, con todo detalle, las agudas reflexiones que Bolívar formuló acerca de la dominación española, dominación que sumió en la servidumbre a los americanos de esta parte del continente. "Nunca en esta historia —escribe Zea— todo un grupo de hombres y pueblos habían sido puestos al margen de la humanidad, convertidos, tratados como cosas y, como tales, sin redención o cambio posible." Sin embargo, será a partir de las limitaciones señaladas por esta rígida dependencia, que los americanos tengan que lograr su regeneración de una nación de hombres libres. Pero, ¿cómo superar la dependencia? Para Bolívar esta superación no se logrará adoptando modelos extraños a la experiencia americana. Por esta razón —como podemos ver a través de la lectura de este libro— Bolívar rechazará el Federa-

lismo, sistema extraordinariamente perfecto pero que no encaja con la realidad latinoamericana.

c) ¿Podemos ser de otra manera? La interrogante desemboca en el crucial *problema de la libertad*. Los "civilizadores", generación de liberales del siglo XIX, pensaban que la emancipación política debería ser seguida de una emancipación mental merced a la cual los americanos se liberarían de la nefasta herencia dejada por el coloniaje ibero. Bolívar quiere también esta transformación pero, para lograrla, no acude a modelos extraños ni pretende que estos pueblos pierdan su identidad. "La Libertad, si ha de ser la de esta América, ha de arraigar en ella, en lo que ella es; a partir de sí misma, transformándose para hacerla posible". Bolívar, al querer implantar la libertad en el seno de la realidad americana, se enfrenta con los peligros que esta entraña: la demagogia, el libertinaje, la anarquía, el caudillismo, etc. Se percató de que la libertad anhelada no formaba parte de los hábitos y formas de ser de nuestros pueblos. Por ello habla que partir de esa *libertad concreta* que arraiga en la idiosincrasia de los pueblos hispanoamericanos. "Los pueblos de esta América han de partir, para el logro de sus libertades, de la *experiencia* de lo que ellos mismos son." Zea estudia —en el capítulo destinado a desentrañar este problema de la libertad— el modo como Bolívar busca las formas políticas más idóneas para establecer esta libertad concreta que sea expresión de su propia realidad, búsqueda que lo lleva a rechazar, por inoperantes formas de gobiernos como el federalismo y la monarquía.

d) ¿Integrados en la dependencia podemos acaso integrarnos en la libertad? Esta interrogante nos instala en el *problema de la integración*, problema medular en el pensamiento de Bolívar y que da origen al subtítulo de esta obra. Aquí, Zea nos muestra cómo uno de los problemas que advierte Bolívar es la falta de unión entre los americanos. Ejemplo palpable de esta carencia de unión habían sido las numerosas contiendas políticas

entre liberales y conservadores, así como las continuas guerras civiles. Pese a esto, el prócer americano tiene fe en la integración de estos pueblos, ya que, según sus propias palabras: "De quince a veinte millones de habitantes que se hallan esparcidos en este gran continente de naciones indígenas, africanos, españoles y razas cruzadas, la menor parte es ciertamente de blancos; pero también es cierto que ésta posee cualidades intelectuales que le dan una igualdad relativa y una influencia que parecerá supuesta a cuantos no haya podido juzgar, por sí mismos, el carácter moral de las circunstancias físicas, cuyo compuesto produce una opinión lo más favorable a la *unión y armonía entre todos los habitantes*: no obstante la desproporción numérica entre un color y otro."

De esta manera, Bolívar aboga por la unión de todos los americanos sin importar la raza. "La libertad —dice Zea— no es concebida por Bolívar en beneficio exclusivo de un grupo de hombres con discriminación del resto por motivos raciales o cualquier otro pretexto". En base a esta acción integradora, Bolívar podrá afirmar que: "En marcha de los siglos, podría encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo el universo, la federal."

Unir, integrar en la libertad es el gran ideal bolivariano: "La unión bajo un solo Gobierno Supremo hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos". Integración que permita a todos los pueblos de América y de todo el mundo, convivir de otra forma que no fuese ya la servidumbre contraria a la dignidad del hombre.

El ensayo que comentamos culmina con el estudio de las vicisitudes y obstáculos a que tuvo que enfrentarse Bolívar para establecer una Federación de pueblos libres que finalmente fracasó; sin embargo la semilla sembrada, pese a la dura realidad, renacerá una y otra vez en el panorama de la historia latinoamericana. Así, otros americanos volverán a insistir en la necesidad de la *integración* de esta América como garantía de sus libertades. Americanos como Bilbao, Martí, Rodó, Vasconcelos y Augusto César Sandino.

Este libro reciente de Leopoldo

Zea nos presenta un Bolívar realista, atento a la realidad que le tocó en suerte vivir. Nos ilustra acerca de las dificultades que el libertador tuvo que sortear para ver implantados sus ideales, de las desilusiones que vivió al ver cómo sus deseos de liberar, integrar y transformar a sus compatriotas se estrellaban una y otra vez con los hábitos de servidumbre y despotismo heredados a través de tres siglos de coloniaje. Pero, al mismo tiempo, nos descubre un Bolívar idealista, un héroe genuinamente americano.

La pregunta con que cerraremos esta breve reseña es: ¿Qué clase de héroe es Bolívar? Bolívar es, paradójicamente, el antihéroe por antonomasia; si por héroe entendemos aquellos paradigmas humanos de que nos habla Hegel: Alejandro, César y Napoleón, personajes que se caracterizaron por sus ambiciones de gloria, de expansión y de conquista, entonces Bolívar resulta ser —comparado con ellos— "la contrapartida de los héroes hegelianos que son expresión del imperialismo europeo y occidental". Bolívar es la antítesis, la contrafigura del conquistador, es "el hombre que lucha por el honor y la libertad y no por obtener prebendas, canonjías, ni por hacerse de propiedades y siervos como lo hicieron los conquistadores." Pero además Bolívar se diferencia de los héroes occidentales en que es un constructor, un forjador de pueblos, un "alfarero de repúblicas libres", como él mismo se calificó en alguna ocasión, Bolívar —dice Zea— es "el artífice empeñado en esculpir una América Libre."

Gustavo Escobar



UNA NOVELA BULGARA: TABACO

de Dimiter Dimov

Alexander, Hristo Botev, Dimcho Debelyanov y Nikola Vaptsarov son nombres que algo debieran significar para nosotros. Sin embargo, nada nos dicen. Pertenecen a una literatura —la búlgara— cuya presencia en nuestro ámbito es prácticamente nula. Algo ha roto el cerco de silencio —por ninguno de estos mundos, el búlgaro y el mexicano, deseado— gracias a los 1300 años del Estado búlgaro, que ha dado pie a la publicación, por parte de la UNAM, de una *Antología de la poesía búlgara* (ya comentada por Roberto Vallarino) y una novela: *Tabaco*, de Dimiter Dimov.* Sobre esta última deseo escribir ahora.

Quien desconoce un idioma se ve prisionero, en su contacto con la literatura de ese idioma, del traductor. La impresión que de una obra determinada tenga estará matizada, en mucho, por la capacidad de ser fiel que ese traductor posea. Nada nuevo se dice con esto. Pero venía al caso comentarlo porque la traducción de *Tabaco*, triste mas necesario es dejarlo expresado, cojea. Y basta para comprenderlo el defectuoso español de la versión ofrecida y el que la traducción suene a traducción. Puntuación, uso de preposiciones, equivalencias de nombres propios (Messer Smith en lugar de Messerschmitt; Móreva por Mórev, al conservarse una declinación inoperante en español) y ritmo de la prosa son algunos de los elementos de juicio. Y sucede que *Tabaco*, me informan ciudadanos búlgaros actualmente en la UNAM, es una novela muy famosa en su país por, entre otras razones, la belleza de su prosa. Mi impresión de la obra, pues, se encuentra inevitablemente afectada por la calidad de la versión leída.

Y es lástima, pues *Tabaco* se inscribe en una tradición nada desdeñable: la de las novelas-rios que buscan, y en ocasión consiguen, apresar una época. Dimov describe para nosotros la Bulgaria que va de, poco más o menos, 1928 a 1944; y la describe con sapiencia y minuciosidad, sobresaliendo cuando el paisaje es el motivo de su descripción, sucediendo en no pocas ocasiones que una nota acaso excesivamente lírica tiña sus párrafos.

La novela-rio no sólo significa amplitud temporal y geográfica, sino abundancia de actores. Varios personajes protagonistas —Boris Mórev, Irina—, bastantes secundarios —entre ellos Pável, Lila, Bárbara— y un sinnúmero de incidentales entran y salen de estas páginas, cumpliendo el papel de comparsas de la trama. Porque, en Dimov, la trama lo es todo. Es decir, no se trata en primera instancia de crear seres convincentes, sino de utilizarlos como figuras de un paisaje, puestas allí para darle razón de ser a éste.

Por tanto, los personajes obedecen en gran medida a la necesidad de representar un aspecto de la trama. Boris será el hombre ansioso de poder, cuya conducta sigue el itinerario indispensable en tales casos, y cuyo final —el de cadáver maloliente— símbolo es del mensaje buscado por el autor. Irina, siempre oscilante entre el llamado de la riqueza y el del deber, cede al primero y acaba suicidándose. Pável, primero agitador obrero y luego guerrillero, significa el futuro y con este personaje en escena cierra la novela. Todo es un poco ingenuo desde este punto de vista, aunque el autor procura evitar en lo posible los contrastes en blanco y negro.

Pero la novela proviene del realismo a lo siglo XIX, y en ello está su fuerza y su debilidad. Su fuerza, en el rigor narrativo de las escenas —sobre todo aquellas sucedidas en las montañas, entre los guerrilleros—, en la diversidad de ámbitos presentados y en la sólida presencia del tabaco como símbolo alrededor del cual todo gira; símbolo muy a lo Zolá: la mina de *Germinal*, digamos. Su debilidad, en la presencia de un narrador

omnisciente demasiado entremetido. El autor, dice Yako Moljov en el prólogo, "siempre es testigo, nunca protagonista". No es así. Nada más iniciada la segunda parte, el narrador —Moljov lo llama autor— dice de los alemanes: "pequeñas bestias ávidas de sangre, instruidas para matar y morir;" Ello irrumpe en nuestro mundo de lectores con la franca pretensión de inclinarnos por uno de los bandos. No debe solicitarse de nosotros, con tanto desenfado, una aceptación de ideas. De antemano estamos con ellas y consideramos al fascismo uno de los enemigos a vencer. Pero queremos sutileza. Queremos llegar a ese convencimiento tras dialogar con el texto, no tras oírlo gritar órdenes. Párrafos adelante, el narrador comenta: "Triste y lejos del hogar, un soldado conducía del brazo hasta un hotel cercano a una mujer de la calle." Y deja en nuestras manos la deducción correspondiente. En estos momentos, la novela alcanza gran belleza.

Pedía Carpentier "dejar los personajes en libertad, con sus virtudes, sus vicios, sus inhibiciones". Hemos mencionado ya que Dimov no llega a esto. En otras palabras, encontramos a *Tabaco* demasiado presa de un realismo peligroso por limitador, peligroso porque se lo entiende demasiado a ras de tierra, proque no deja hablar por sí mismo al hermoso material de su tema. Y sin embargo, la novela tiene su fuerza. Acaba enredándonos en el interés de la trama y nos lleva de la mano de un suceso al siguiente, hasta dejarnos en la otra orilla más sabios y optimistas que antes de viaje. Y esto, pienso yo, es una buena recompensa. Entonces, y pese a los peros que he venido detallando, creo prudente aconsejar la lectura de *Tabaco*. No "modifica el lenguaje de la tribu", como pedía Valéry, pero sí abre nuestro horizonte a modos de vida y a experiencias que nos es imprescindible conocer.

Federico Patán

* Dimiter Dimov, *Tabaco*, trad. de Juanita Linkova; redac. de Jesús Sabourin. México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 1980.